

EL HOMBRECILLO DE LA RAÍZ

2º-3º

En el lejano sur, donde las cumbres de las montañas casi rozan el cielo, había una vez una hermosa granja en una pequeña meseta. Frente a la puerta crecía un viejo pino. Se decía que bajo sus raíces vivía un *"hombrecillo de la raíz"*, pero nadie lo había visto jamás. Nadie... excepto Toni, el joven y diligente dueño de la granja. Vivía allí con una anciana ordeñadora y un peón que tampoco era ya muy joven.

Una noche bochornosa de mayo, Toni estaba sentado en el banco bajo el pino, sumido en sus pensamientos. Su pipa y tabaco yacían intactos a su lado. Con la cabeza entre las manos y los codos apoyados en las rodillas, reflexionaba profundamente. Entonces oyó algo:

—*"¿Qué es lo que ha pasado tan grave que hasta no usas tu pipa?"* —preguntó de repente una vocecilla fina.

Sorprendido, Toni levantó la vista. Frente a él estaba un hombrecillo arrugado, de pelo áspero y gris, que le sonreía amablemente. ¿Sería acaso el *hombrecillo de la raíz* del que tanto le había hablado su abuela?

—*"¿No quieres responderme, Toni?"*

—*"¡No me lo tomes a mal, estoy un poco confundido. Pero, ¿qué puedo decirte? ¡De todos modos, no podrías ayudarme!"*

—*"Nunca se sabe. Cuéntame qué te aflige"*, dijo el hombrecillo.

—*"Verás, desde que murió mi madre, nada funciona bien en la casa. Katrien es demasiado mayor, no puede sola"*.

El hombrecillo pensó con esfuerzo. Luego dijo:

—*"¿Quieres que me encargue yo de la casa? Sólo pido como pago un tazón de leche caliente y un trozo de pan blanco cada día"*.

—*"¿Eso es todo?"* —preguntó Toni riendo—. *"Por supuesto que lo intentaré contigo"*.

—*"Bien. Pero no olvides dejar la leche y el pan en este banco"*.

—*"Me encargaré de ello"* —prometió Toni—. *"No te faltará nada, puedes estar seguro"*.

A partir de ese momento, todo en la casa estuvo en perfecto orden. Cuando Toni y su peón volvían del campo al mediodía, la comida humeaba ya sobre la mesa, y todo estaba impecable y reluciente. Sin embargo, *hombrecillo de la raíz* nunca se dejaba ver. Toni no tenía motivos para quejarse, pero aun así no estaba satisfecho.

Una tarde, mientras las rosas trepadoras de la puerta comenzaban a florecer, Toni estaba sentado tristemente bajo el pino, mirando al vacío. De pronto, el hombrecillo de la raíz apareció frente a él y le dio un suave golpecito en la rodilla.

—“¿Qué te falta ahora, Toni?” —preguntó—. “¿Acaso no he hecho bien mi trabajo?”

—“¡No, hombrecillo, todo está perfecto! —respondió Toni—. Y te estoy muy agradecido. Pero, ¿sabes qué? Me siento muy solo. Katia es vieja y siempre está de mal humor, y Sepp no dice una palabra en días”.

—“Entonces, podrías buscarte una esposa, Toni”.

—“¡Fácil decirlo! ¿De dónde sacaré una buena mujer? No quiero una que sólo se queje, y las jóvenes simpáticas no tienen interés en venir a esta granja tan solitaria”.

—“Aun así, conozco a una mujer para ti” —dijo el hombrecillo.

Toni se rio y, con un tono burlón, preguntó:

—“¿Acaso una “mujercilla de la raíz?”

—“No, no, una joven humana. Pero necesitarás mucho valor para conquistarla.

—“¿Y dónde está esa chica maravillosa?” —preguntó Toni, ahora intrigado.

—“Te lo diré. ¿Conoces el estanque de la Pradera de las monjas? Debes ir allí en la misma noche de San Juan. En la orilla hay una gran piedra que parece un sarcófago. Ahí está escondida tu verdadera novia”.

—“¿Pálida y muerta?”

—“¡No, viva y con las mejillas sonrosadas! Mírate en el espejo antes de dormir esta noche”.

Tras estas palabras, el hombrecillo desapareció como si la tierra lo hubiera tragado. ¿O habría sido todo un sueño?

Toni entró en la casa murmurando:

—“Es hora de dormir”.

Ya en su habitación, recordó las palabras del “hombrecillo de la raíz”. Tomó una vela y se paró frente al espejo. Para su sorpresa, no vio su reflejo, sino a la muchacha más hermosa que jamás hubiera visto.

La joven llevaba un vestido antiguo y parecía dormir sobre un banco de piedra. Dos gruesas trenzas rubias caían sobre su corpiño negro con botones de plata. Su rostro dulce tenía el color de la miel y las rosas, y su pecho se elevaba suavemente con cada respiro.

Una ráfaga de viento movió la cortina y apagó la vela. Cuando Toni la encendió de nuevo, la joven había desaparecido, y el espejo sólo mostraba su propio rostro. Se dejó caer en la cama, pero no podía dormir.

—*“Mañana será la noche de San Juan. Cuando anochezca, iré a la Pradera de las Monjas y despertaré a la chica de la piedra”* —se prometió.

Al día siguiente por la noche, Toni llegó al estanque y encontró la enorme piedra con forma de sarcófago. Empujó con todas sus fuerzas, pero no logró moverla. Frustrado, miró a su alrededor. La luna, grande y redonda, se elevó sobre las montañas, iluminando la losa que cubría la piedra. Toni distinguió una tosca talla que parecía un cesto con asas. Al pasar los dedos por las líneas, sintió que la piedra se movía. La losa se deslizó lentamente, pero ... en lugar de la hermosa joven, dentro yacía una anciana arrugada que abrió los ojos con sorpresa.

—*“El hombrecillo me ha engañado”* —murmuró Toni—.

—*“¿Cómo esperaba que me casara con esta “mujercilla de la raíz”? ”*

—*“Así que al final viniste”* —dijo la anciana—. *“¡Ayúdame a salir!”*

Toni le tendió la mano, y la mujer salió con dificultad del sarcófago.

—*“¿Me darías un beso, Toni?”* —preguntó, jugueteando tímidamente con su pañuelo.

Toni retrocedió, asustado.

—*“Veo que no quieres. Lo temía. Entonces debo volver a la piedra...”* —suspiró la mujer.

Dos gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas arrugadas, y mientras se las secaba con la punta del delantal que llevaba puesto, Toni tuvo que pensar de pronto en su madre. Siempre había actuado así, apartándose y agarrándose el delantal cuando tenía que llorar porque había sido travieso o desobediente.

Y de repente, sintió compasión y recordó las palabras del *hombrecillo de la raíz*:

—*“Necesitarás mucho valor”*.

Con un gesto resuelto, se acercó y le dijo:

—No llores, madrecita — y besó sus mejillas mojadas.

En ese instante, una luz brillante lo envolvió, y la mujer se transformó en la hermosa joven del espejo, ya no era una anciana. Lo miró con ojos oscuros y sonrió.

—*“Gracias por romper el hechizo”* —dijo ella con una sonrisa—. *“Llevaba siglos esperándote”*.

Entonces, las montañas retumbaron con un estruendo gigantesco. Con un estrépito se rompió la roca en la que yacía la anciana. Una ráfaga de viento atravesó las alturas, el estanque giró y se agitó como el mar, densas nubes ocultaron la luna, y Toni quedó en profunda oscuridad en medio del tumulto. Pero tan rápido como había llegado la tormenta, también pasó, y la luna volvió a asomarse amigablemente entre las nubes. Su luz cayó nuevamente sobre la mujer al lado de Toni.

—“Tú me has liberado” —dijo—. “¿Cómo puedo agradecértelo?”

Toni negó con la cabeza, sorprendido.

—“¿Qué ha pasado? —preguntó—. No entiendo nada”.

—“Ven, sentémonos —dijo la muchacha—, entonces te contaré mi historia. Abajo, en el valle, mi padre tuvo una vez una hermosa granja”.

—¿La vieja finca de la que sólo quedan ruinas? —preguntó Toni

—“Sí, esa misma. Pero déjame continuar”

—“Allí arriba, en la Pradera de las Monjas, vivía nuestro pastor, Juan. Era grande y fuerte como un gigante. Mi padre lo apreciaba mucho, pero yo le temía. Cada sábado yo debía llevarle una cesta con comida para que pudiera sobrevivir una semana. Comprenderás que no lo hacía con gusto. Pero no me atrevía a confesárselo a mi padre. Siempre me entretenía en el camino y cada vez tardaba más, y Juan tenía que esperar. Una vez, además, el clima empeoró, pero no me importó, y subí a la pradera recién a la mañana siguiente, cuando todos iban a la iglesia. Juan estaba sentado frente a su cabaña, esperándome, y sus ojos brillaban de rabia cuando me vio llegar”.

—“¿Quieres que me muera de hambre aquí arriba?” —gritó—.

—“¡Es cuaresma, y no me pasará nada!” —respondí con arrogancia—.

—“¿Crees que quería mojarme los pies sólo por el mal clima?”

Eso no fue muy amable de mi parte, pero ¿acaso merecía un castigo tan duro como el que ese mal pastor me impuso? Él dijo:

*Mantén los pies secos en la piedra
en la que mi maldición te encierra.
Como epitafio, por llave y señal,
hallarán tu cesto al final.*

En ese mismo instante, yacía en el ataúd de piedra. No podía moverme, y un sueño plomizo me envolvió. Una vez al año, en la noche de San Juan, si los rayos de la luna tocaban el cesto sobre la tapa, se abría mi prisión. Entonces podía salir, pero sólo como una viejecita de piedra. Si alguien venía y me besaba, quedaría libre.

Pasados los años, algunos vinieron; sólo quienes habían oído la historia de la muchacha en la piedra. Pero ninguno quiso besarme al ver lo vieja y fea que era. Tu buen corazón, Toni, finalmente me liberó.

Toni puso entonces un brazo alrededor de los hombros de la joven y cariñosamente le dijo:

—“Ahora te vienes conmigo. Y antes de que el grano madure, celebraremos nuestra boda”.

Afortunadamente, a la joven no le molestó, y a su tiempo se celebró la boda.

—“En realidad, le debemos toda nuestra felicidad al hombrecito de la raíz” —dijo Toni una vez a su joven esposa.

—“Me gustaría poder agradecerérselo alguna vez” —dijo ella.

—“Él anda siempre con una chaqueta muy pobre” —dijo la campesina—. “¿Crees que le gustaría si le coso una buena? ¿Y un gorro rojo, y zapatos de terciopelo suave? ¿Le gustarían?”

Toni, lleno de alegría, la tomó de la mano y juntos regresaron a la granja, donde el *hombrecillo de la raíz* los esperaba con una sonrisa de complicidad.

Ella hizo ropas hermosas para él y las dejó en el banco bajo el viejo pino. Cuando el sol se puso, apareció el *hombrecito de la raíz*, vio la ropa bonita y aplaudió de alegría. Se quitó sus viejas prendas, se puso las nuevas, las acarició con admiración, luego giró sobre sus puntas de pie y cantó alegremente:

*Sólo un señor refinado y pudiente
lleva ropas tan relucientes.
Por eso ya no trabajará más;
ahora, que lo hagan los demás.*

Después, el *hombrecito* desapareció y no volvió a ser visto. El cuenco con leche y pan blanco quedó intacto y el trabajo en la casa y en la granja no lo volvió a hacer. Pero eso nunca le importó a la joven campesina. Había descansado tantos años en la piedra en la Pradera de las Monjas, que ahora cualquier trabajo y esfuerzo nunca eran demasiado para ellos.

¡Y seguro que les hacía igual de bien que al *hombrecito de la raíz*!

Aportación de IdeasWaldorf